

Escribir en la llaga

José Luis Parra, *Inclinándome*, Pre-Textos, Valencia, 2012

Antonio Cabrera

La trayectoria literaria de José Luis Parra (Madrid, 1944-Quart de Poblet, Valencia, 2012) estuvo marcada por su irrupción tardía en el panorama poético, en fecha en que los representantes de su generación cronológica (la de los novísimos) acumulaban hacia ya bastante tiempo una obra considerable y considerada, y habían dado paso al protagonismo de la generación siguiente. En 1989 publica su primer libro, *Más lisonjero me vi*. Pero es en 1994, al ver la luz *Un hacha para el hielo*, cuando comienza la obra que Parra entenderá como lograda y válida. En veintitrés años dará a la imprenta un total de ocho libros en dos editoriales valencianas, Edicions de la Guerra/Café Malvarrosa (*Del otro lado de la cumbre* (1996) y *La pérdida del reino* (1997), además de los dos poemarios iniciales) y Pre-Textos (*Los dones suficientes* (2000), *Tiempo de renuncia* (2004), *De la frontera* (2009) e *Inclinándome* (2012)). La editorial Renacimiento, por su parte, acogerá dos antologías: *Caldo de piedra* (2001), preparada por el propio Parra, y *Cimas y abismos* (2012), de cuya selección es responsable, así como de su prólogo, quien escribe estas líneas.

Ocho libros en veintitrés años suponen un índice de productividad más bien alto. No obstante, en el caso de José Luis Parra no es la fertilidad lo que resulta más destacable, pues la intensidad e incardinación vitales de la propia experiencia creadora tuvieron en él mayor relevancia. Estamos ante un poeta en quien los avatares biográficos concretos determinaron de un modo muy particular no sólo la textura de su vocación sino también la constitución de su mundo poético. Circunstancias personales y laborales coadyuvieron en el hecho de que Parra dedicara los últimos veinticinco años de su vida a la escritura de poesía, empeño que se convirtió en su única ocupación, exento como estuvo de toda otra actividad laboral. Sujeto por este motivo a una situación económica de grandes limitaciones, fue llenando sus días con una rutina de la que formarían parte mayoritaria las tareas domésticas, la frecuentación de ciertos círculos artísticos de la capital valenciana, la lectura y los paseos en urbana peregrinación por bares modestos de extrarradio, en los que Parra atendía las demandas de su alcoholismo.

Todo esto figura en su poesía. Los escenarios y las escenas más cotidianas y hasta vulgares aparecen con profusión en sus poemas; al mismo tiempo, sus versos siempre ponen de manifiesto al hombre culto que Parra fue, conocedor minucioso y hondo de la tradición literaria e igualmente del arte cinematográfico; por lo demás, toda su poesía queda impregnada por la conciencia del fracaso, una lucidez que él experimenta en términos de certeza metafísica y de constatación palpable.

Con estos elementos de cotidianidad vulgar, cultura y derrota conforma Parra su poética, a la que debe añadirse un aspecto más si se quiere entender con exactitud la globalidad de su planteamiento: la consideración del propio trabajo poético como escudo y consuelo ante una realidad tan precaria en lo inmediato vivido como adversa en la significación existencial. De modo explícito se expresa este enfoque en “Una poética”, composición perteneciente a *Tiempo de renuncia*: “*Escribir / sobre la misma llaga, / exacerbando, / ahondándola más, extendiendo la sangre, (...) hasta que del raído palimpsesto, / del naufragio de la escritura, / surja la transparencia, / se eleve una paloma, / irrumpa el alba.*”

Es esa combinación de herida hurgada y esperanza puesta en la poesía la que viene a otorgarle a su obra, tan profundamente elegiaca, un matiz en buena medida exclusivo, convirtiéndola en un caso raro de pesimismo vitalista, por efecto del cual la

mente, el corazón y los ojos de Parra se sitúan sin tapujos ante la decadencia sin disfraz, pero lo hacen también ante el esplendor pujante de lo vivo y lo bello. Parra entiende o ve la podredumbre de la carne como entiende o ve que el tiempo es irredimible, que la vida se arrastra amenazada por su final. Estas cosas las entiende o las ve por todas partes. Y, sin embargo, con la misma convicción –acompañada, eso sí, por una especie de conciencia de su excepcionalidad, igual que es verdadero pero efímero el fulgor de una llama bajo el poder de la tiniebla- no duda en celebrar las mañanas limpias, los instantes de deseo o el canto de alondra de un entusiasmo, y confía en que esa celebración sea más durable que lo celebrado al quedar inscrita en versos conseguidos. A su manera personalísima, Parra espera –como el gran productor de elegías que es- que sus pesares formulados en versos transformen sus poemas en himnos.

Cuanto vengo diciendo se halla quintaesenciado en *Inclinándome*, un libro casi póstumo que se publicó apenas un mes antes de la muerte del poeta. Como he sugerido, su poesía entera se fue sucediendo al modo de una prolongada *suite* donde unos temas recurrentes son abordados con la incansable sabiduría de un gran observador de la fugacidad. No es éste, por tanto, un libro distinto en lo esencial a los suyos anteriores, ni podría serlo. Con todo, hay en él algunos aspectos especialmente remarcados que conviene señalar, pues acaso contribuyan a hacernos entender lo que de despedida, tal vez inconsciente aún, debió de haber en el proceso de su escritura.

A este respecto, llaman la atención las referencias evocadoras de la infancia, más numerosas que en otros libros. Y la llaman en dos sentidos: uno tiene que ver con la fuerza emotiva con que acude el recuerdo hasta el poema: “*Croan las ranas. / No se acaba la infancia / cerca del río.*”, o también: “*cuánto tiempo hace que dejé de ser Tom Sawyer, Huckleberry / Finn.*”; el otro se concreta en puros ejercicios de regresión sin rodeos, como ocurre en “Sentimiento oceánico” y en “Entre las sábanas”, de no menor eficacia emotiva.

Hay en *Inclinándome*, además, mayor falta de pudor de la habitual a la hora de mostrar el ansia de muerte que es una constante en su poesía (como lo es, en el sentido que he intentado explicar arriba, su ansia de vida). Con toda diafanidad Parra alude a su alcoholismo y, en un poema impactante, “De cazadores y piezas”, pone en palabras claras su impulso autodestructivo en pos de la muerte: “*Sí. / Siempre he sido yo el cazador. / Y tú, por mí forjada, recreada / hasta los tuétanos, / mi invulnerable presa.*”

Al margen de su temática, en este conjunto de poemas últimos la escritura de Parra, siempre maestra en cálculo lírico y en elegancia verbal que no pierde, sino que gana, potencia expresiva aun tratando con una materia de comprometido manejo emocional, esa escritura, digo, añade una vuelta de tuerca y encuentra el modo de depurarse más, alcanzando en muchos momentos (véase, por ejemplo, el sordo estremecimiento que fluye lentamente en unas de las grandes piezas del libro: “Hojas de otoño sobre el Yang-Tse”) cotas de tersura, hondura y conmoción que sólo un gran poeta puede conseguir.

Inclinándome es, en definitiva, un libro supremo dentro de la perdurable producción poética de José Luis Parra. Hombre herido, poeta alto y sabio, supo descubrir la belleza y tratar con ella mientras sentía “*el goteo incesante de la llaga*”.